



*Julianne
MacLean*

LOS HERMANOS SINCLAIR

*Amar a un
desconocido*

Índice

Portada
Agradecimientos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

[Sobre la autora](#)
[Créditos](#)

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, en especial, a mi amiga Tracey Taweel, por la memorable excursión a «The Ovens» en Lunenburg, Nueva Escocia, cuyas cuevas marinas resultaron una gran inspiración para este libro.

Quiero también agradecer a mi prima Michelle Phillips su lectura, su crítica y su amistad de siempre. Y a Kelly Boyce, su eterna disposición a ayudar. Eres alucinante.

Por último, quiero darle las gracias a Stephen, mi maravilloso marido, por los vídeos promocionales que tanto nos divierten (y por todo lo demás).

Prólogo

El estruendo de un cañón sacudió el suelo bajo su cuerpo desnudo y resonó a través de la neblina que envolvía su cabeza. «¿Quién soy? No existo. Debo de estar muerto.»

Se puso boca abajo y multitud de piedras de distintos tamaños se clavaron en su piel fría. Un dolor agudo y penetrante, peor que la muerte, le atravesó el abdomen. «¿Tendré una bala de mosquete en las tripas? ¿Un cuchillo? ¿Me han atravesado con una bayoneta?»

No podía moverse. Estaba paralizado y agonizaba. «Pero no estoy muerto.» «¡Buum!» Un nuevo cañonazo lo sorprendió y se le aceleró el corazón, pero su cuerpo seguía sin obedecer a sus pensamientos. Sin saber bien cómo, encontró la fuerza para despegar los párpados.

El ruido del cañón reverberó en las paredes brillantes de la cueva oscura. Las brujas chillaban y volaban en círculos sobre su cabeza, riéndose con carcajadas estridentes de su fallecimiento. ¿Iban a llevárselo al Infierno? ¿O ya estaba en él?

Pero aquello no era un campo de batalla. El ambiente era húmedo, frío y caía agua por todas partes. ¿Dónde demonios estaba?

¿Quién era? No sabía la respuesta y eso era lo más perturbador de todo. No sabía siquiera cómo se llamaba.

1

Extremo occidental de las Islas del Canal, 1874

Mi querida lady Chelsea:

Espero que se encuentre bien o todo lo bien que cabría esperar en tan desafortunadas circunstancias. No debe de ser fácil vivir de la forma en que se ve obligada a hacerlo, oculta al mundo en esa cruel y remota isla, como los criminales de más baja estofa condenados a prisión. Ha de ser una existencia solitaria y desoladora para usted. Cómo debe de sufrir día tras día, aislada y avergonzada, incapaz de cambiar el pasado ni corregir los errores, sin nadie que se sienta a su lado a ofrecerle consuelo, aparte de su anciana madre viuda.

Lo que más deseo es poder aliviarla de su desgracia y proporcionarle una chispa de esperanza para lo que, en la actualidad, es un futuro sin perspectiva alguna. Voy a serle franco. Tras diez años de matrimonio, su hermano mayor no ha dado heredero a la familia y, según he podido conocer hace poco, no está bien de salud. La noticia me ha dejado muy afligido.

Estoy seguro de que usted es consciente de que, sin heredero, el título de Neufeld pasará a mis manos, yo percibiré todas las propiedades de su difunto padre, y usted y su madre se quedarán sin hogar.

Me doy cuenta de que soy bastante mayor que usted y de que no soy el más atractivo de los hombres, pero tampoco soy una persona sin piedad. Creo en la bondad y en

el perdón y, por ello, estaría dispuesto a pasar por alto que haya usted caído en desgracia y la tomaría por esposa. Es usted una mujer muy bella, Chelsea, y con eso me basta.

Me tomo la libertad de suponer que esta generosa oferta la habrá hecho feliz. Espero su pronta respuesta.

Sinceramente,

Lord Jerome Carruthers

De pie sobre la hierba que cubría el borde del acantilado, lady Chelsea miraba la carta y reflexionaba sobre su «existencia solitaria y desoladora» en aquella cruel isla prisión en la que se veía obligada a vivir, y entonces echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—No hablará en serio.

Estiró el brazo con la carta en la mano y miró hacia el mar que rugía embravecido a sus pies. Un fuerte viento del norte zarandeaba violentamente su falda y tiraba de su sombrero.

¿A qué velocidad volaría un papel como el que tenía en la mano, en una mañana ventosa como ésta?

Dio un paso al frente, se asomó al borde del precipicio y alargó el brazo con la carta, que durante unos desesperados segundos se agitó y sacudió entre sus dedos hasta que el viento se la arrancó. Ascendió velozmente, dibujó unos cuantos círculos en el aire y, al final, se precipitó en el enfurecido abismo oceánico.

—Vuela muy de prisa —se dijo mientras retrocedía, al tiempo que apretaba los lazos que sujetaban su sombrero bajo la barbilla.

Era una mañana violenta y tempestuosa. Parecía que el océano elevara una queja sobre la tormenta de la noche anterior. Las olas rompían contra el litoral con impetuosas descargas de espuma y burbujas de agua, y el mar exhibía su ira rugiendo como un león rabioso. El océano reflejaba su humor tras la lectura de aquella misiva exasperante que sugería que no era feliz.

Chelsea inspiró profundamente el aire salobre y trató de quitarse la carta de la mente. Alzó la vista y miró el cielo azul, sin una sola nube. Brillaba el sol y las aves marinas volaban en círculos por encima de su cabeza, jugueteaban alegremente con el viento, chirriando y graznando cada vez que descendían en picado hacia las crestas espumosas.

Envidiaba la libertad de aquellos pájaros, su capacidad de flotar en el viento, de descender a gran velocidad sin temor alguno. Deseó poder volar.

Pero entonces se recordó que no tenía necesidad de volar porque, en realidad, ella no se aburría. Al contrario de lo que lord Jerome insinuaba en su carta, a ella le encantaba vivir allí. La agreste costa de Jersey estimulaba su espíritu y acicateaba su imaginación, justo lo que necesitaba para dotar de emoción y alma a sus historias. Eso era lo único que le importaba, su escritura. No anhelaba un esposo para ser feliz, menos aún a Jerome. Los hombres sobre los que ella escribía eran mucho más guapos y excitantes que él, y estaba más que surtida. Sin duda alguna.

Prisionera y a mucha honra. Si por ella fuera, la sociedad londinense y su «generoso» primo podían irse al infierno.

La marea comenzaba a bajar, de modo que empezó a descender por la colina en dirección a la playa, preguntándose si la tormenta habría empujado a la orilla algún tesoro. Tomó el sendero rocoso y en seguida llegó a la orilla, por donde caminó sorteando la espuma de las olas que lamían la arena y retrocedían de nuevo. El ruido del mar resultaba ensordecedor aquella mañana. Hacía un día magnífico. Lo utilizaría como escenario en su próxima historia. Incluiría un naufragio, con un apuesto capitán, arrastrado a la orilla por la marea, que se enamora de la joven doncella que lo cuida. ¿Y después?

El brillo de algo sobre la arena de la playa la sacó de su ensimismamiento. Entornó los ojos, se arrodilló y lo recogió.

Era un reloj de hombre con una fina leontina de oro y estaba en perfecto estado, aunque las manecillas se habían parado a las cuatro menos veinte.

Se levantó, se volvió hacia el mar y miró en todas direcciones, haciéndose sombra en los ojos con la palma de la mano. Buscaba algo que explicara el posible origen del reloj. Pero no encontró nada. Sólo se veía agua azul y cielo claro.

Le dio la vuelta al reloj en la mano e inspeccionó las iniciales grabadas: B. H. S.

Echó a andar muy despacio mientras lo ponía en hora —eran las siete y media— y le daba cuerda. Se lo llevó al oído. Tictac, tictac. Funcionaba bien y parecía de gran calidad. Estaba limpio y reluciente, ni rastro de óxido, lo que indicaba que no podía llevar en el agua mucho tiempo. Miró hacia lo alto del acantilado y se preguntó si se le habría caído a alguien mientras paseaba por la playa esa misma mañana. Pero ¿a quién? La mansión veraniega de su familia era la única casa en varios kilómetros a la redonda. Guardó el reloj en el bolsillo y echó a andar hacia las cuevas a paso ligero; disfrutaba del ejercicio vigoroso. Cuando llegó al peñón escarpado y pasó con cautela por encima de las rocas de entrada a la primera cueva, le faltaba ya el aliento.

Se detuvo un instante en el interior oscuro para que sus ojos se adaptaran a la escasa luz, aspiró el limpio aroma de la gruta y el aire gélido rozó sus mejillas. Oyó el sonido del agua que caía por las rocas resplandecientes.

Justo al otro lado de aquellas gruesas paredes se abría un espacio un poco más estrecho llamado la «cueva del Cañón», en la que las olas penetraban con ensordecedoras explosiones. Ese efecto no dejaba de asombrarla, sobre todo en un día tan tumultuoso como éste.

Se adentró un poco más en la gruta, mirando bien por dónde pisaba y cruzando a saltitos los pequeños charcos de agua que dejaba la marea. Cientos de diminutos caraco-

les se aferraban con fuerza a las rocas y las algas danzaban con elegancia, mecidas por la corriente.

Cuando levantó la vista, vio algo un poco más allá y pestañeó varias veces seguidas. Su corazón empezó a latir más de prisa.

¿Lo que veía era producto de una alucinación? No, allí había algo...

Un cuerpo.

El miedo se apoderó de su estómago y la dejó inmóvil.

Era un hombre desnudo y estaba boca abajo sobre las rocas.

Empujada más por el instinto que por un pensamiento racional, se lanzó hacia él a la carrera y se arrodilló a su lado, en un charco. Tocó su espalda fría y, después, lo zarrandeó con fuerza.

—¡Señor! ¡Señor!

¿Estaría vivo? No podía ser porque su cuerpo estaba frío como el hielo. Tenía que estar muerto. No quería creerlo. La idea la aterrorizó. Pero el hombre no respondió, de modo que lo empujó por el costado con ambas manos hasta tenderlo de espaldas. Su pesado cuerpo estaba flácido, pero no rígido.

Sus ojos recorrieron el cuerpo musculoso y, por un momento, se concentró en su anatomía masculina. Jamás había visto algo igual, que la atrajera con tanta intensidad y la dejara con los ojos abiertos como platos y dificultad para tragar.

Sin embargo, su fascinación se desvaneció al ver que estaba herido. Algo se le había clavado o tal vez le hubieran dado una puñalada. ¿Habrían intentado asesinarlo y, después, lo habrían abandonado allí?

Chelsea se inclinó hacia él y le puso el oído en el pecho. El débil latido de su corazón revivió sus esperanzas. Estaba vivo, aunque no aguantaría mucho si no lo sacaba pronto de aquel lugar. Se levantó y se volvió hacia la entrada de la cueva.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Pero de nada servía gritar. Aunque hubiera habido alguien en la playa, con el estruendoso romper de las olas, no la habría oído.

Se dio media vuelta, miró al hombre y comenzó a desabrocharse la capa a toda prisa. Se la quitó, se arrodilló y lo envolvió con fuerza en ella. Acto seguido, se levantó y, recogiendo las faldas empapadas, salió, resbalón tras resbalón, a buscar ayuda.

2

Tres horas más tarde, estaba sentada en el salón del desayuno con su madre, Chelsea; nerviosa, tamborileaba con un dedo sobre el mantel blanco. Ambas esperaban a que el médico les comunicara el estado del hombre misterioso, y les asegurase, al menos, que seguía vivo.

Tac, tac, tac... Su dedo no podía quedarse quieto y la sensación de impaciencia la invadía y le impedía discurrir con claridad.

Su madre resopló y dejó su labor de costura en el regazo.

—Chelsea, te lo digo en serio, ¿no puedes estarte quieta un rato?

—¿No te interesa saber quién es ese hombre y de dónde viene?

—En cuanto despierte, lo averiguaremos. —Su madre volvió a coger su labor y retomó lo que estaba haciendo—. Si es que se despierta.

—No perdamos la esperanza —concluyó Chelsea.

Guardaron silencio durante un rato hasta que la madre de Chelsea lo rompió con un carraspeo y, sin levantar los ojos, que mantuvo fijos en la costura, dijo:

—¿Has tenido tiempo de leer la carta de lord Jerome?
—Como si tarareara una cancioncilla con alegría, la madre habló con un tono ligero y despreocupado, pero Chelsea detuvo de repente el golpeteo inquieto de su dedo.

—Si quieres que te diga la verdad, sí, la he leído.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, madre?

La mujer volvió a posar la labor en su regazo.

—También me escribió a mí, para ponerme al corriente de sus intenciones. Estoy segura, cariño, de que eres consciente de que es una oferta muy generosa, quizá la única que recibas.

Chelsea la miró durante largo rato y, al final, dejó escapar una risa burlona.

—Te agradezco el voto de confianza.

—No es para tomárselo a risa —dijo su madre, mientras retomaba la costura—. Estoy decepcionada, Chelsea. Está claro que has abandonado toda esperanza de un futuro feliz.

—¿Futuro feliz? ¿Te refieres al mío o es en tu propio futuro en lo que piensas, madre? Sabes que yo estoy bien aquí. No me hace falta la aprobación de la sociedad londinense ni tampoco deseo recibir invitaciones de todos esos nobles pedantes; acicalarme y pasearme por una ciudad atestada para asistir a fiestas y bailes con tarjetas de visita, y rogar, noche tras noche, que un atractivo aristócrata me pida matrimonio. Prefiero Jersey. Aquí, con lo que escribo, estoy satisfecha. —Se reclinó en su asiento y aguardó con inquietud la respuesta de su madre, que cada vez daba las puntadas con más rapidez.

—Eres muy cabezota.

—¿Cabezota? ¿Cuántos años tiene lord Jerome? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? Es pretencioso e interesado, maltrata a sus caballos, no se lava, desprende un olor nauseabundo y, además, sólo quiere pavonearse por ahí con el título de Sebastian. Si me ha propuesto matrimonio es porque nadie más lo aceptaría, y cree que yo soy una buena opción porque estoy desesperada.

—Eres joven y bonita, Chelsea. Estoy segura de que eso ha tenido mucho que ver.

—Ése es el tema. Para aceptar una proposición así, mi pretendiente debería valorarme por lo que soy, no por mi aspecto. Desearía que me apreciaran por mi intelecto.

Su madre se burló.

—¿Como aquel cazafortunas con el que te fugaste hace siete años? No creo que fuera tu intelecto lo que le atrajera de ti. Admítelo, Chelsea, te dejaste engañar por su aspecto y su encanto superficial.

Chelsea recorrió el mantel con la palma de la mano abierta arriba y abajo, tratando de alisar una arruga rebelde.

—Madre, sólo tenía dieciocho años —dijo con voz queda, mientras recordaba que el encanto superficial de aquel hombre había significado algo más para ella. De niña siempre había sido una romántica incurable, que soñaba con cuentos de hadas y finales sensibleros. En aquella ocasión, quiso dejarse arrastrar por el amor y la pasión. Y también por algo más. Algo que influyó de manera profunda en la configuración de su carácter. Siempre había tenido una gran necesidad de independencia. Desde pequeña había querido tomar sus propias decisiones, aunque eso significara cometer errores que, en aquel momento, escapaban a su comprensión.

El problema era que no la habían dejado, porque a toda hora tenía a alguien a su lado que le advertía que no se acercara al abejorro o que no se subiera al muro por si se caía. Lo único que ella anhelaba era explorar y, al final, tanta precaución la había empujado a incurrir en ese espectacular acto de rebeldía.

Bueno, la historia tampoco era exactamente así, puesto que faltaba Sebastian, su hermano. Diez años mayor que ella, era el único que percibía y alimentaba su espíritu curioso. Cuando volvía a casa del colegio, la llevaba a pescar y escarbaban en la tierra en busca de lombrices. Levantaba una piedra y le mostraba las extraordinarias criaturas que se retorcían en el suelo húmedo. Ella las tocaba con el dedo y, juntos, observaban fascinados el lento caminar de una oruga peluda que se paseaba por el dorso de su mano.

Después, Sebastian emprendió su gran viaje alrededor de Europa, que duró más de un año, y ella se fugó con el cazafortunas. Si miraba atrás, Chelsea llegaba a la conclusión de que en ese momento había perdido la razón por falta de ejercicio mental.

Su madre dejó el bastidor sobre la mesa con brusquedad, se levantó y le dijo indignada:

—Fue el escándalo del siglo, Chelsea. Tu padre era un miembro destacado del Parlamento con un gran futuro por delante. Tenía muchos enemigos que se afanaban en encontrar una excusa para destruirlo. Y por eso estamos aquí, condenadas al ostracismo, exiliadas en esta isla remota y agreste al borde del Atlántico, azotada por las tormentas un día sí y otro también, ocultas al mundo como si fuéramos traidoras a la Corona.

A lo que Chelsea contestó con firmeza:

—Si tanto odias este lugar, ¿por qué no regresas? Ya ha pasado tiempo suficiente y estoy segura de que se les habrá olvidado. Con toda probabilidad, habrá habido varios escándalos más desde entonces y seguro que mucho peores que el mío. Yo estaría muy a gusto aquí sola, madre, me gusta la soledad. —Hacía mucho que Chelsea había renunciado a sus infantiles sueños románticos y, en esa época, eran sus propias historias las que le proporcionaban deleite y emoción. No deseaba otra cosa en su vida.

Su madre retomó la labor, se sentó y comenzó a dar puntadas con las manos temblorosas.

—Ah, no, no podría dar la cara. Me moriría de vergüenza.

Chelsea soltó un suspiro profundo.

—Ésa es tu elección. Por lo que a mí respecta, estoy bien aquí. No necesito ni quiero casarme para recuperar el beneplácito de la sociedad. —Le importaba un bledo la gente. Es más, nadie le había hecho nunca ningún favor.